

GÉNESIS Y AUTORÍA DE LA TORRE DE LOS SIETE JOROBADOS DE EMILIO CARRÈRE

JULIA M.^a LABRADOR BEN
Becaria de Investigación. Univ. Complutense de Madrid
ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA
Científico Titular. Instituto de Filosofía. CSIC

I. INTRODUCCIÓN

El prólogo de una nueva edición de *La torre de los siete jorobados*¹ retoma el problema de su autoría y plantea el grado de participación en su redacción final de un segundo autor, Jesús de Aragón. La tesis del prologuista, Jesús Palacios, se basa en una carta autobiográfica de Aragón cuyo contenido pasamos a resumir: al editor Juan [sic] Palomeque² «un autor admirado por los públicos le había vendido la propiedad de uno de sus originales; al examinarlo el editor se encontró con la desagradable sorpresa de que el mencionado original se hallaba sin terminar y el editor no podía darlo a la publicidad por esta causa. Requerido el autor para que lo terminara se negó a hacerlo»³. Hacemos aquí un paréntesis en la cita para indicar que Jesús de Aragón intentaba en aquellos momentos que algún editor le publicara sus dos primeras novelas. Por razones que detallaremos

¹ Emilio CARRÈRE, *La torre de los siete jorobados*, prólogo de Jesús Palacios. El Club Diógenes. Serie «Autores Españoles», 90 (Madrid: Valdemar, 1998).

² Su nombre correcto era Manuel Palomeque. Fue el encargado de la editorial V. H. de Sanz Calleja.

³ Jesús PALACIOS, «Prólogo: El misterio de una novela de misterio», en E. CARRÈRE, *La torre...*, pp. 20-21. El texto reproducido por Palacios procede de una carta de contenido autobiográfico escrita por Jesús de Aragón a su editor, José Zendera, conservada en los archivos de la editorial Juventud; la misma fue remitida por el editor a Ángel Dotor para que publicara en 1933 un artículo laudatorio sobre Jesús de Aragón: Ángel DOTOR, «Vida Literaria y Artística. El Julio Vernes [sic] español», en *Vida marroquí* (24-XII-1933), p. 9. Esta carta, convenientemente anotada, figura íntegra en el prólogo que Antonio Lejárraga realizó para la reedición de la novela de Jesús DE ARAGÓN, *La sombra blanca de Casarás*. Colección Universal, 36 (Barcelona: Juventud, 1995), pp. 7-15.

más adelante, Manuel Palomeque estaba interesado en establecer una relación con Aragón para encargarle la continuación de una de sus colecciones; con ánimo de ponerle a prueba le encargó la redacción final de *La torre de los siete jorobados*: «¿Usted se compromete a terminarlo sin que se eche de ver?, me dijo mostrándome la confusa producción compuesta en su mayor parte de un verdadero caos de cuartillas mezcladas entre folletines de periódico y otros escritos sin relación alguna con la novela»⁴.

Jesús de Aragón aceptó el encargo: «La proposición merecía pensarse; un original de un autor afamado, completamente escritos los primeros capítulos, sin conocer lo que se proponía desarrollar en aquella obra teniendo que acabarlo de modo que diera la sensación de que se hallaba concebido por la misma mente, era tarea para desanimar al más decidido principiante»⁵. Y añade: «Era tentadora la proposición; de aquel trabajo dependía mi futura carrera literaria»⁶. Esta afirmación es bien cierta; ya veremos cómo tras la publicación de *La torre...* Sanz Calleja publicó las dos primeras novelas de Aragón. Nuestro autor neófito continúa de forma prosopopéyica el relato de cómo llevó a cabo tan meritoria labor: durante tres meses estudió con unción, según él, las obras completas de Carrère para imitar su «precioso» estilo y sus «múltiples y geniales recursos literarios», tratando de «desentrañar el enigma de su pensamiento» y saber «por qué derroteros hubiera conducido la trama de su obra». El editor quedó satisfecho y le firmó un contrato; Aragón publicó así sus dos primeras novelas: *Viaje al fondo del océano* y *Cuarenta mil kilómetros a bordo del aeroplano* «Fantasma». Siguiendo siempre sus aseveraciones, Carrère quedó entusiasmado por su trabajo y, amén de felicitarle, le rogó que le permitiera corregir las galeradas; tuvo que ser durante ese proceso de corrección cuando el primitivo autor conoció el texto de *La torre...* en su integridad. En dicho proceso se deslizó una pifia: un texto hebreo apareció en las primeras ediciones impreso al revés.

Encontramos otro testimonio pretendidamente interesante: el de Rafael Cansinos Assens en su obra *La novela de un literato*⁷, en el capítulo que da inicio al segundo tomo titulado «Un editor furioso». Leemos: «Don Manuel Palomeque, el editor, está furioso por la jugarreta que le ha hecho ese bohemio, mejor dicho, ese mangante de Carrère...»⁸ Y a continuación

⁴ J. PALACIOS, «Prólogo», p. 21.

⁵ Antonio LEJÁRRAGA, «Prólogo», en J. DE ARAGÓN, *La sombra...*, p. 10. El relato de Aragón no es exacto. Como veremos, el editor recibió de Carrère no sólo los «primeros capítulos» sino también los últimos; se trataba de una novela corta que se pretendía convertir en «larga».

⁶ *Ibid.*, p. 11.

⁷ Rafael CANSINOS ASSENS, *La novela de un literato (Hombres - Ideas - Efemérides - Anécdotas...)*. 2. 1914-1923. Alianza Tres, 149 (Madrid: Alianza Editorial, 1985), pp. 13-19.

⁸ *Ibid.*, p. 13.

describe cómo nuestro autor le ofreció el texto de un *original*: «aquí le traigo este manuscrito de una novela, por si quiere leerla... / —La acepto, desde luego... Vamos a ver cómo se titula (descubre la primera hoja y lee...) *La torre de los siete jorobados*... / —Es una novela fantástica, de misterio y aventuras..., con un fondo teosófico..., algo abracadabrante...»⁹ Tras indicar Carrère que quiere cobrar al contado, Palomeque se la paga en el momento: «—Le extendemos el recibo, lo firma el novelista y le entregamos las pesetas. [...] Se va el bohemio y yo le digo a Manolito: —Guarda ese original ahí en los cajones hasta que llegue el momento de darlo a la imprenta. Un manuscrito del señor Carrère no hay que leerlo... / Bien..., pasan unas semanas y llega el momento de dar el original a la imprenta [...] Manolito me trae el paquete, lo desatamos y nos encontramos con un primer capítulo en letra de molde, un refrito..., seguimos hojeando y vemos con estupor que todo lo que sigue está en blanco..., un montón de hojas en blanco... El señor Carrère me había vendido onerosamente unos pliegos de papel...»¹⁰ El editor furioso envía a su ayudante, el mencionado Manolito, en busca de Carrère, quien se niega a escribir una línea más. El editor insiste: «—Manolito, ve a buscar al señor Carrère y dile que si no me escribe la novela, encargaré a otro que lo haga y se publicará con su nombre... —Va Manolito y le lleva el recado y ¿qué cree usted que le contesta?... —Pues que haga el señor Palomeque lo que quiera..., a mí me es igual... [...] entonces llamo a un literato amigo de Manolito, un novel que se llama Andrés [*sic*] Aragón y que precisamente cultivaba la novela de aventuras, policíaca y me había traído un original, y le digo: —Mire usted, me va a escribir una novela con este pie forzado..., imitando el estilo del señor Carrère... Si acierta, le publicaré luego la suya. / El señor Aragón acepta encantado»¹¹.

Tanto el testimonio de Cansinos como el de Aragón hay que tomarlos con grandes precauciones; el de este último, tanto por su tendencia a magnificar su personalidad literaria como por atribuirse un mayor grado de participación en la redacción de *La torre*.... En el caso de Cansinos, sus «memorias literarias» son fruto del recuerdo pero también del olvido. Falta de datación, editada de cualquier forma y ayuna de aparato crítico, *La novela de un literato* tomada en su literalidad es una fuente permanente de error, por más que su información pueda, con ciertas reservas, resultar valiosa.

A modo de resumen merece la pena señalar las contradicciones entre ambos testimonios. Así, Jesús de Aragón nos indica:

- a) El original de Carrère estaba «sin terminar».

⁹ *Ibíd.*, p. 13.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 14.

¹¹ *Ibíd.*, p. 15.

b) El original estaba compuesto de «un verdadero caos de cuartillas mezcladas entre folletines de periódico y otros escritos sin relación alguna con la novela».

Ambas afirmaciones, contradictorias entre sí, contrastan con el relato de Cansinos:

a) En la primera hoja podía leerse el título: *La torre de los siete jorobados*.

b) Al abrir el paquete del original «nos encontramos con un primer capítulo en letra de molde, un refrito..., seguimos hojeando y vemos con estupor que todo lo que sigue está en blanco..., un montón de hojas en blanco...» Cansinos incurre en una *contraditio in terminis*: si se trataba de un montón de hojas en blanco es absurdo que Carrère sugiriera a Palomeque que leyera el original; es más, aunque no lo leyera es casi seguro que un editor daría una ojeada al manuscrito para calcular su extensión, y por tanto, sus requerimientos de imprenta, descubriendo así de forma inmediata la superchería.

II. DATACIÓN, ANTECEDENTES Y CONSECUENTES DE *LA TORRE DE LOS SIETE JOROBADOS*

1. Fecha de publicación

El primer problema fundamental que hemos de abordar es la datación rigurosa de *La torre de los siete jorobados*, puesto que sus dos primeras ediciones, casi simultáneas, carecen de fecha¹², lo cual ha llevado al mencionado prologuista Jesús Palacios a afirmar erróneamente, en su reedición de 1998, que «alrededor de 1923 Emilio Carrère vendió a un editor madrileño una falsa novela, constituida probablemente por el manuscrito de su novela corta, ya publicada el año anterior, *Un crimen inverosímil* y un montón de papelajos para hacer bulto»¹³.

Pues bien, todo lo anterior es inexacto. Las dos primeras ediciones de *La torre...* aparecieron en 1920, según consta en las correspondientes fichas de la revista *Bibliografía Española*¹⁴ y en los periódicos *Heraldo de*

¹² Esas dos primeras ediciones son: Emilio CARRÈRE, *La torre de los siete jorobados*, il. Mansberger. [Obras Completas], 8 (Madrid: Mundo Latino, s. a.) y Emilio CARRÈRE, *La torre de los siete jorobados. Novela* (Madrid: V. H. de Sanz Calleja, s.a.).

¹³ J. PALACIOS, «Prólogo», p. 32.

¹⁴ A continuación reproducimos ambas fichas:
— *Bibliografía Española*, n.ºs 17-18, septiembre 1920, p. 82, ficha 884: «CARRÈRE (Emilio).—*La torre de los siete jorobados*. VIII. Madrid. Imp. de G. Hernández y Galo Sáez. 1920. En 8.º, 228 págs.; 3'50 [pts.] Mundo Latino».

Madrid y *La Libertad*¹⁵. Hay que indicar que estos periódicos se limitaron a reproducir fragmentos de la novela: en *La Libertad* el capítulo tercero, y en *Heraldo de Madrid* el primero. Hemos seleccionado estas dos reseñas de prensa entre las aparecidas por aquellas fechas por considerarlas una prueba irrefutable de que *La torre de los siete jorobados* estaba ya publicada a finales de 1920. Con posterioridad, *La torre...* tuvo sucesivas ediciones: en 1925¹⁶, en 1927¹⁷, en 1932¹⁸ y hacia 1950¹⁹; la última, hasta la fecha, es la inicialmente citada de 1998²⁰. Además, existe una edición electrónica que puede adquirirse por Internet²¹.

2. Antecedentes y consecuentes

Una vez fijada de manera inequívoca la fecha de aparición de *La torre...* en 1920 podemos establecer claramente sus antecedentes. Carrère publicó, antes y después de su novela larga, las versiones que le dieron origen en forma de novela corta. La primera vez que dio a la luz dicho texto fue en 1916 en la colección *Los Contemporáneos* bajo el título de *El señor Catafalco*²². Carrère publicó un año después la misma novela cam-

— *Bibliografía Española*, n.ºs 21-22, noviembre 1920, p. 112, ficha 1219: «CARRÈRE (Emilio).—La torre de los siete jorobados. Novela. Madrid. Viuda H. de Sanz Calleja. Impresores. S. A. En 8.º, 190 págs.; 2 [pts.] V. H. Sanz Calleja».

¹⁵ En *La Libertad* (10-XII-1920, p. 3) podemos leer la siguiente doble columna: «UN LIBRO DE CARRÈRE / *La torre de los siete jorobados* / Emilio Carrère acaba de publicar una interesante novela de la que ofrecemos a nuestros lectores el capítulo siguiente: / *Las cosas terribles* / Durmió muy mal aquella noche. [...]—Debe ser un artista de cinematógrafo que está impresionando una película. / EMILIO CARRÈRE».

Dos semanas después, *Heraldo de Madrid* (27-XII-1920, p. 5) publicará una columna y media de similar tenor: «Una novela de Carrère / LA TORRE DE LOS SIETE JOROBADOS / El mal de ojos [*sic*] / De la novela «La torre de los siete jorobados», que acaba de publicarse. / Basilio Beltrán es un jugador supersticioso. [...] ¡Ya ves bien clara la influencia del señor Catafalco! / Emilio Carrère».

¹⁶ Emilio CARRÈRE, *La torre de los siete jorobados. Novela* (Madrid: V. H. de Sanz Calleja, [1925²]).

¹⁷ Emilio CARRÈRE, *La torre de los siete jorobados* (Madrid: Atlántida, 1927).

¹⁸ Emilio CARRÈRE, *La torre de los siete jorobados*. «Revista Literaria. Novelas y Cuentos», 203 (Madrid: Dédalo, 20-XI-1932).

¹⁹ Emilio CARRÈRE, *La torre de los siete jorobados*. «Escritores Célebres», 5 (Madrid: Dólar, s. a.).

²⁰ Véase nota 1.

²¹ Emilio CARRÈRE, *La torre de los siete jorobados*. «Colección Gothic» (Manuscritos.com). ISBN 84-95547-05-8. La dirección de Internet donde puede adquirirse es: <http://www.manuscritos.com>.

²² Emilio CARRÈRE, *El señor Catafalco*, il. G. Vicente. «Los Contemporáneos», 406 (Madrid: Imprenta de Alrededor del Mundo, 6-X-1916).

biando su título por el del primer capítulo, *El mal de ojo*²³; esta vez apareció incluida en un libro suyo, *La rosa del Albaicín*, junto con otros relatos que no tienen ninguna relación con *La torre...*

A *posteriori*, Carrère publicó dos veces más *La torre...* en su versión abreviada: la ya citada de *La Novela Corta*, *Un crimen inverosímil*²⁴, que Carrère apostilla con gran desfachatez «novela inédita», y un año después la titulada *Un asesinato a distancia*²⁵ en *La Novela del Domingo*.

III. AMPLIACIONES DE LA NOVELA CORTA ORIGINAL REALIZADAS POR CARRÈRE PARA LA REDACCIÓN DE *LA TORRE DE LOS SIETE JOROBADOS*

A nuestro juicio, lo que el editor Palomeque recibió de Carrère fueron las páginas impresas, probablemente sin cabeceras para evitar su identificación, de alguna de las dos ediciones anteriores en forma de novela breve (*El señor Catafalco*, *El mal de ojo*), con el añadido manuscrito del nuevo título. Estas páginas impresas serían, precisamente, las que Aragón denomina «folletines de periódico». Es obvio que Carrère no aportó únicamente el primer capítulo como asevera Cansinos, pues disponiendo de una obra completa hubiera sido ridícula dicha actitud. Es más, habida cuenta que la edición original de *La torre...* coincide con la novela corta en los capítulos 1, 2, 3, 4, 5, 11, 14 y la mitad del 15 y en los dos últimos, 28 y 29, la afirmación de Cansinos cae por su base, pues resulta impensable que Aragón se los inventara. Sólo existiría la explicación inverosímil de que nuestro autor neófito, en su rebusca, comprobara que dicho primer capítulo era el de una novela corta precedente, y decidiera utilizarla en su totalidad. Dicha explicación resulta tan alambicada que preferimos colegir que lo narrado por Cansinos es sencillamente falso.

Pero Carrère entregó, siguiendo el relato de Aragón, junto con los «folletines de periódico» ya identificados, «un verdadero caos de cuartillas mezcladas entre folletines de periódicos y otros escritos sin relación alguna

²³ Emilio CARRÈRE, *El mal de ojo*, en *La rosa del Albaicín. Novelas*. Biblioteca Hispano-Americana (Madrid: Librería de la Viuda de Pueyo, 1917), pp. 35-108 y (Madrid: Librería de los Sucesores de Hernando, 1917), pp. 35-108. Ambas ediciones son idénticas.

²⁴ Emilio CARRÈRE, *Un crimen inverosímil. Novela inédita*. «La Novela Corta», 324 (Madrid: Prensa Popular, 25-II-1922). Existe una reedición incluida en Emilio CARRÈRE, *La Casa de la Cruz y otras historias góticas*, ed. Jesús Palacios, il. Izquierdo Durán y Máximo Ramos. El Club Diógenes, 158 (Madrid: Valdemar, 2001), pp. 179-249; las otras novelas breves que componen este volumen son: *La leyenda de San Plácido* (pp. 27-108), *La conversión de Florestán* (pp. 109-178), *La Casa de la Cruz* (pp. 251-300), y *Las inquietudes de Blanca María* (pp. 301-350).

²⁵ Emilio CARRÈRE, *Un asesinato a distancia*, il. Roberto. «La Novela del Domingo», 35 (Madrid: Moderna, 5-VIII-1923).

con la novela»²⁶. Analicemos la frase: «un verdadero caos» indica que las cuartillas no fueron ni una ni dos, sino muchas, que «mezcladas» con el mencionado folletín algo deberían tener que ver con los capítulos adicionales. Por otra parte, la afirmación de que la novela estaba «sin terminar» indica bien a las claras que faltaba texto, es decir, que su número de páginas era insuficiente para ser publicada como «novela larga», porque final tenía, y muy coherente: el que se usó como tal, procedente de la novela corta. Tampoco nos parecen irrelevantes los «otros escritos sin relación alguna con la novela». Es más, creemos haber identificado algunos que, a nuestro juicio, tienen relación, y mucha, con la redacción de *La torre...*

En 1922, dos años después de las primeras ediciones de *La torre...*, Emilio Carrère publica su novela corta humorística *La calavera de Atahualpa*²⁷, que conocería varias ediciones y cambios de título²⁸. Casualmente la obra, que a lo mejor pudo tener algún tratamiento editorial anterior que hasta el momento no hemos localizado, tiene dos antecedentes fragmentarios, dos artículos aparecidos antes de 1920; ambos se publicaron en la revista *Nuevo Mundo*: el primero en 1918, «Mascarillas pintorescas. Sindulfo, arqueólogo y cazador de alimañas»²⁹, y el segundo al año siguiente, «Retablillo grotesco y sentimental. El amigo Fandul»³⁰.

Tanto en uno de esos artículos, como en su novela humorística, Carrère crea y utiliza el personaje de Sindulfo del Arco³¹, presente también en *La torre...* con ese mismo nombre: aparece por primera vez en el capítulo 8 bajo la denominación de «el erudito de las gafas azules»; éste, al venderles el alfabeto indio tahuanaco³², aclara a Basilio y a su amigo periodista «El

²⁶ J. PALACIOS, «Prólogo», p. 21. El subrayado es nuestro.

²⁷ Emilio CARRÈRE, *La calavera de Atahualpa. Novela*. «El Libro Popular», 6 (Madrid: Imp. Ciudad Lineal, 1-VIII-1922).

²⁸ Emilio CARRÈRE, *Aventuras increíbles de Sindulfo del Arco*. «Los Contemporáneos», 834 (Madrid: Imp. Martín de los Heros, 15-I-1925). Emilio CARRÈRE, *La calavera de Atahualpa*, en *Los aventureros. Novelas* (Madrid: Mundo Latino, [1928]), pp. 7-119. Emilio CARRÈRE, *La calavera de Atahualpa. (Novela humorística)*. «Revista Literaria. Novelas y Cuentos», 283 (Madrid: Diana, 3-VI-1934), pp. 3-17.

²⁹ E. CARRÈRE, «Mascarillas pintorescas. Sindulfo, arqueólogo y cazador de alimañas», dibujo de Tovar, en *Nuevo Mundo* (10-V-1918), p. 4.

³⁰ E. CARRÈRE, «Retablillo grotesco y sentimental. El amigo Fandul», en *Nuevo Mundo* (26-IX-1919), p. 29. Se incluyó posteriormente reduciendo su título a «El amigo Fandul» en: Emilio CARRÈRE, *Retablillo grotesco y sentimental*, dibujos de M. Ramos. Obras Completas, 12 (Madrid: Mundo Latino, s. a.), pp. 181-183.

³¹ Existe además un antecedente de dicho personaje, al cual el autor denomina Ataúlfo Pérez, en Emilio CARRÈRE, «Tragicomedia de sabio», en *Nuevo Mundo* (15-VI-1917), p. 3.

³² Tahuanaco equivale a quechua en dicho idioma. El afirmar que los incas tenían un alfabeto sígnico es una aseveración producto de la fantasía, ya que desconocían la escritura y, por tanto, carecían de alfabeto. Las actuales gramáticas y diccionarios de la lengua quechua utilizan la grafía aprobada por los sucesivos Congresos Indigenistas Interamericanos.

Duende de la Corte» el misterio de una tarjeta aparecida en casa de la «Bella Medusa» con ocasión del robo reseñado en el capítulo 6 («Una pared que anda», que Palacios atribuye a Aragón). Desaparecido al inicio del capítulo 9, Sindulfo del Arco reaparecerá en el capítulo 15 (brevemente al final, sin indicar su nombre en el texto), y ya en la segunda parte, en los capítulos 17, 18, 24, 25 y 26. Sindulfo del Arco, el erudito de las gafas azules, o el viajero infatigable, de las tres maneras lo denomina Carrère, no es otro que don Ramón M.ª del Valle-Inclán; las coincidencias tanto físicas como caracteriológicas así lo señalan³³. De nuevo el genio de Carrère y su indudable *vis cómica* de mezclar realidad con ficción se ponen de manifiesto.

Una simple comparación entre los dos textos, el capítulo 18 de *La torre...* y el artículo de Carrère publicado en *Nuevo Mundo* en 1918, muestra tal cúmulo de coincidencias que resulta obvio que, o Aragón encontró y copió dicho artículo de forma casi literal, o Carrère lo entregó formando parte del «verdadero caos de cuartillas intercaladas» o de los «otros escritos sin relación alguna con la novela»; esta última hipótesis es la más verosímil. Dichas coincidencias aparecen en la redacción final de *La torre...* (capítulo 18), en *La calavera de Atahualpa*, y en el ya citado artículo —o como proceda denominarlo— de *Nuevo Mundo*:

«Ha venido a verme el señor Sindulfo del Arco arqueólogo y cazador de jirafas. Como veis por este retrato estupendo es un personaje inquietador. Yo lo conocí este verano en una juerga en la Bombilla, porque Sindulfo es un arqueólogo flamenco. [...] —Señores académicos: habéis de saber que el juego de carambolas, entre los antiguos persas...».

Con ligeras variaciones: cambio de tiempos verbales (imperfecto en vez de presente), utilización de la tercera persona en lugar de la primera, y alguna leve modificación en la redacción, la totalidad del artículo antes reseñado ocupa las páginas 162-165 de *La torre...*³⁴ y 4-6 del primer capítulo de *La calavera de Atahualpa*³⁵. Lo probable, a nuestro juicio, es que Carrère escribiera originalmente lo referente a dicho personaje como otra colaboración periodística más para *Nuevo Mundo*, revista en la que publicaba por entonces numerosos textos (artículos, poemas,...), y que después decidiera adjuntarlo como añadido al lote que entregó a Palomeque; más tarde, una vez editada *La torre...*, utilizaría dichos materiales —cosa muy frecuente en él— en la redacción de *La calavera de Atahualpa*. Palacios así lo entiende, pero al revés, al partir del punto de vista equivocado de

³³ En su artículo «Arabescos», publicado en *La Gracia* (22-XII-1923), n.º 3, p. 4, Carrère compara a Sindulfo con Valle-Inclán.

³⁴ Siempre que citemos fragmentos de *La torre...* utilizaremos la edición de 1998 (véase nota 1).

³⁵ Siempre que citemos fragmentos de *La calavera...* utilizaremos la edición de 1922 (véase nota 27).

que *La calavera de Atahualpa* es anterior a *La torre...*: «Jesús de Aragón se embebía en la obra completa de Carrère [...] para completar su novela. [...] el «Capitán Sirius» se limitaba a copiar párrafos enteros de *La calavera de Atahualpa*»³⁶. La realidad es la contraria: Carrère recuperó lo escrito en *La torre...* para construir *La calavera de Atahualpa*. Incorporó, si no el texto, sí el contexto del capítulo 22 («Una merienda emocionante y un cadáver que abre un ojo») de *La torre...*, al capítulo segundo de *La calavera de Atahualpa* para describir un ágape en una funeraria que acaba en borrachera de Sindulfo y en el cual, para colmo, los funerarios son siete y uno de ellos chepudo. Hemos detectado para este capítulo otro antecedente similar al artículo de *Nuevo Mundo*³⁷, y no descartamos encontrar alguno más para ambas novelas. Como vemos, tanto *La torre...* como *La calavera...* se construyeron con «folletines de periódicos» previamente publicados; esa utilización del *collage* es consustancial a Carrère y conoció procesos de ida y vuelta.

En aquella época los «negros» literarios eran frecuentes, los conceptos de autoría diferían de los actuales, pero las acusaciones de plagio estaban a la orden del día: Fernando Mora, Francisco Villaespesa y Alejandro Pérez Lugín podrían dar muestra de ello. Carrère era un plagiario de sí mismo, pero a lo más que llegó fue a parafrasear títulos ajenos: *El crimen del sátiro* (*El crimen del fauno*, de Hoyos y Vinent), *El abismo de la voluptuosidad* (*El demonio de la voluptuosidad*, de Alberto Insúa), *El bebedor de lágrimas* (*El bebedor de lágrimas*, de Alfonso Hernández-Catá), por citar algún ejemplo de obras aparecidas en *La Novela de Hoy*. Tenía Carrère la enorme capacidad de convertir un artículo en un poema, una contribución periodística en una novela corta, y sus respectivas viceversas y combinaciones posibles de artículo-poema-novela corta. Era, eso sí, incapaz de escribir una novela larga. Si Aragón no dice nada con relación a *La calavera de Atahualpa*, reivindicando parcialmente su paternidad, es porque no hubo tal. Aragón, a nuestro juicio, escribió algunos capítulos de la primera y segunda parte de *La torre...*, y puso orden en «el caos»; en la tercera y última parte se utilizan los dos últimos capítulos originales de la novela corta y dos de nueva creación atribuibles a Carrère.

Hemos hablado del personaje Sindulfo del Arco como creación de Carrère; hay también otro que aparece en los primeros capítulos (7 y 8), que Jesús Palacios atribuye a Jesús de Aragón, que, con casi seguridad,

³⁶ J. PALACIOS, «Prólogo», pp. 30-31. Recordemos que su error cronológico se debe a que sostiene que *La torre...* se publicó por primera vez en 1924, dos años después de la edición de *La calavera de Atahualpa* aparecida en *El Libro Popular*, cuando en realidad se publicó dos años antes, en 1920.

³⁷ E. CARRÈRE, «La última francachela de Sindulfo», en *Mundo Gráfico* (19-V-1920), p. 2. El texto de este artículo coincide, salvo mínimas variaciones, con las páginas 9-11 de *La calavera de Atahualpa*.

salió de la pluma de nuestro autor: «El Duende de la Corte», periodista que firma con dicho seudónimo en las páginas del diario *La Tarde*. Ese personaje es trasunto de otro real: «El Duende de la Colegiata» (Adelardo Fernández Arias), que escribía en las páginas de *La Mañana*, y era compañero de Carrère en *Por Esos Mundos* y *Nuevo Mundo*. Una vez más nuestro autor, muy acertadamente, mezcla ficción y realidad. Tan creación de Carrère es el personaje de «El Duende de la Corte» que, junto con Basilio, al que denomina el «*sportsman detective*», lo utilizó en otra de sus novelas cortas, *Los monstruos de la sensualidad*³⁸, como coprotagonista. En ambas obras Basilio cambia con respecto al personaje original de la novela corta primigenia, *El señor Catafalco*, para acabar siendo un trasunto de otro compañero literario de Carrère, *El detective Ros Koff* (Joaquín Verdugo Landi). Carrère incorpora en estos capítulos el ya mentado exceso del «alfabeto tluanaco», lo que demuestra tanto su desconocimiento de las culturas precolombinas, como la influencia de Conan Doyle que utilizó un tipo de escritura criptográfica en una de las aventuras de su célebre detective: *The adventure of the dancing men* en *The return of Sherlock Holmes*. La recepción en España de Conan Doyle fue temprana, y su influencia notabilísima en la literatura popular. Tuvo también un enorme predicamento entre los espiritistas españoles (más adelante señalaremos la relación de Carrère con este grupo).

Nos ha resultado imposible encontrar antecedentes sígnicos del citado «alfabeto tluanaco»; sus similitudes con signos áticos, eolo-dóricos, fenicios y etrusco-umbrosos se nos antojan coincidencias. Mucho más fácil es que Carrère —porque todo le señala, una vez más— se inspirara en la epigrafía del hampa. Así lo entendía el malgrado periodista Juan Villarín:

«Emilio Carrère [...] asomaría a este tablado de malversación su cachimba de detective anárquico, y en su novela “La torre de los siete jorobados” [...] echaría mano de los signos epigráficos que se reproducen en este artículo, para adornar de misterio la narración expresada»³⁹.

No fue ésta la única ocasión en que Villarín se ocupó de *La torre...*; la comenta al hacer un recorrido sobre el género policíaco en España:

«El vate Carrère otorgaría al archivo de nuestra narrativa “La torre de los siete jorobados”, que autovampirizaría después en segundas versiones y refundidas entregas a editores, con encabezamientos como “Un crimen inverosímil” y señales de este mismo jaez»⁴⁰.

³⁸ Emilio CARRÈRE, *Los monstruos de la sensualidad*, il. Ferrer Sama. «La Novela de Amor», 40 (Madrid: Imp. de G. Hernández y Galo Sáez, s. a.). Esta novela también se publicó bajo otro título: Emilio CARRÈRE: *Los bajos fondos del amor. Novela inédita*, il. Melendreras. «La Novela Corta», 407 (Madrid: Prensa Popular, 22-IX-1923).

³⁹ Juan VILLARÍN, «Epigrafía delictiva», en *Alfoz* (1993), n.º 97, p. 14.

⁴⁰ Juan VILLARÍN, «Viaje por nuestra ignorada novela policíaca», en *Alfoz* (1992), n.º 86, p. 125.

Villarín, buen conocedor de las colecciones de novela corta, cita varias: *La Novela Corta*, *La Novela Policiaca*, *Los Novelistas* y *La Novela Vivida* —incurriendo no obstante en algunas inexactitudes⁴¹— y no cae en el error de Palacios; sabe claramente que *La torre...* es anterior en el tiempo a *Un crimen inverosímil*, aunque entiende esta novela corta como una edición abreviada de la novela larga, lo cual, según hemos visto ya, no es cierto.

Retomando nuestro análisis de *La torre...*, Carrère, en unas páginas antes de las citadas, en el capítulo 6, el primero que Palacios atribuye a Aragón, incorpora también la realidad en el título del folletín que lee la «Bella Medusa»: *La mano del ahorcado o la mártir de su virtud*, que corresponde a dos relatos originales de Luis Esteso publicados en *La Novela con Regalo*⁴²: *La mano del ahorcado* y *Las Memorias de una Mártir* (como se puede apreciar, este último título está levemente modificado). No es éste el único préstamo que toma Carrère de Esteso; utilizará también el nombre del ahorcado que es, ni más ni menos, «Sindulfo Ruipérez de la Mamaria»; sin embargo, puede que el nombre de su personaje se inspirara también en el de su compañero de fatigas periodísticas en *Nuevo Mundo* y *Mundo Gráfico*, Sindulfo de la Fuente, al que había conocido previamente con motivo de un concurso convocado por *Madrid Cómico* en 1910⁴³.

Esa incorporación a la ficción tanto de un personaje real, como de títulos de obras ajenas es típica de Carrère, y constituye una licencia que un autor bisoño como Aragón difícilmente se habría permitido. Así, poco a poco se va desmoronando la autoría del «Capitán Sirius» de varios capítulos que Palacios le atribuye, y cuya tesis es insostenible. Comparar *Un crimen inverosímil* con *La torre...* y deducir que lo que no estaba en la

⁴¹ Así, califica como colección a *La Novela Policiaca*, en realidad una subcolección de *La Novela Cómica*. Existió realmente una colección con dicho título: *La Novela Policiaca* (Madrid: Castro, 1931), cuyo número 1 está prologado precisamente por Carrère. Villarín, al referirse a *La Novela Vivida*, que efectivamente salió sin especificación de autores, no aclara que sus directores fueron Luis de Oteyza y Alfonso Hernández Catá; sabemos incluso, por un testimonio de la época, que los colaboradores anónimos cobraban doscientas pesetas por entrega.

⁴² LUIS ESTESO LÓPEZ DE HARO, *La mano del ahorcado*. «La Novela con Regalo», 4 (Valencia: Imp. La Gutenberg, 4-XI-1916). *La mano del ahorcado* ocupa las páginas 105-118 y *Las Memorias de una Mártir* se incluye en las páginas 123-125.

⁴³ S. DE LA FUENTE, «De nuestro concurso. *Un match*», en *Madrid Cómico* (30-IV-1910), p. 14. Por votación popular, este «artículo festivo» quedó en tercer lugar con setenta y dos votos; hay que aclarar que esa calificación que se le atribuye en la revista (probablemente para poder admitirlo dentro del concurso) es errónea, puesto que en realidad se trata de un relato. Queremos señalar aquí los antecedentes del personaje Sindulfo del Arco: en 1916 Luis Esteso acuña su personaje Sindulfo Ruipérez de la Mamaria; en 1917 Carrère crea otro personaje, Ataúlfo Pérez (obsérvese la concordancia Sindulfo-Ataúlfo y Ruipérez-Pérez). Finalmente, Carrère opta por cambiar Ataúlfo por Sindulfo a partir de 1918.

primera obra es fruto de otro autor es una afirmación simplista y aventurada; es más, contradice el testimonio del propio coautor. Aragón escribió seguramente textos adicionales en algún capítulo, hilvanó otros, y añadió, para conseguir un volumen con un número de páginas editorialmente aceptable, algún capítulo entero de una calidad literaria inferior a la de los salidos de la pluma del autor principal. A nuestro juicio, su contribución da comienzo en el capítulo 10, escribe el 12, prolonga el 15, escribe el 16, utiliza textos de Carrère o los reescribe y reordena en el 17 y 18, escribe del 19 al 21 y concluye su participación en la novela con algunos añadidos en los restantes capítulos de la segunda y tercera parte.

Hemos dicho que «escribe», pero para ello utiliza material tomado de otras obras de Carrère. Así, el capítulo 10, «La serenata misteriosa», es un homenaje a nuestro autor y a su obra mil veces republicada *El espadín del caballero guardia*; Aragón tomará y glosará también *La leyenda de San Plácido* y usará materiales de la propia novela corta original. Pero su planteamiento roza el absurdo: es inconcebible que el periodista explique a Basilio algo que éste debería saber perfectamente, las historias y leyendas del Madrid viejo; el capítulo no lleva a ninguna parte: es un claro añadido. Por el contrario, el anterior (el 9) es a nuestro juicio de Carrère, entre otras razones por su brevedad, así como por su insistencia en un despropósito que ya deslizó en el capítulo 6 («Un señor que es mago negro») de *El señor Catafalco*, al referirse al «monte de Santa Walpurgis», muletilla que repite en otras ocasiones, por ejemplo en *La leyenda de San Plácido*: «Maese Blas de Toledo: —[...] Yo soy un brujo que no va en una escoba a la montaña de Santa Walpurgis ni me bebo la sangre de los niños en sus cunas»⁴⁴. Efectivamente hay una «noche de Walpurgis», un monte, y una santa, pero se trata de cosas distintas. «La noche de Walpurgis», noche en que las brujas y las potencias infernales se dan cita, aparece literariamente reflejada en el *Fausto*, de Goethe; *Walpurgisnacht* es también el título de una balada de Mendelssohn, según un poema de Goethe⁴⁵. La «Walpurgisnacht» procede de una leyenda alemana: se trata de un aquelarre que congrega, en la noche que va del 30 de abril al 1 de mayo a brujas y magos en torno a su maestro Satán en las montañas del Harz, en concreto en el monte Brocken o Blocksberg. En otro orden de cosas, Santa Walburga (710-777), llamada también Santa Walpurgis, fue una monja benedictina nacida en Inglaterra; hija y hermana de santos, patrona que previene las tempestades y la hidrofobia, vivió en Alemania y allí escribió algunas biografías de santos, lo que la convierte en la escritora más antigua de Alemania; su capilla, Walpurgiskapelle, forma parte del castillo de Nuremberg. Solamente a Carrère se le podría ocurrir mezclarla con las potencias infernales.

⁴⁴ Emilio CARRÈRE, *La leyenda de San Plácido*, en E. CARRÈRE, *La Casa...*, p. 38.

⁴⁵ Félix MENDELSSOHN, *Walpurgisnacht. Balada para coro y orquesta*. Opus 60.

El aspecto a nuestro juicio más importante, que caracteriza a los capítulos 9 y 10, el primero de Carrère y el segundo de Aragón, es que ambos son de transición y de «relleno»; poco o nada añaden al desarrollo de la historia, salvo incrementar su extensión. El primero es brevísimo y su única aportación es señalar que el ladrón de las joyas de la «Bella Medusa» es un jorobado. El segundo es una imitación y una loa de Carrère: imitación en el recorrido por el Madrid de los Austrias, y loa en las referencias a las obras de nuestro autor y, en especial, a la mil veces repetida leyenda de *El espadín del caballero guardia*.

Hacemos aquí un paréntesis para señalar un aspecto que debe ser analizado. En la novela corta original Carrère nos dibuja un personaje, Basilio Beltrán, al que caracteriza como un antihéroe: supersticioso, débil, enfermizo, epiléptico, y bastante necio. Toda la obra tiene un trasfondo sarcástico, humorístico, que en su ampliación evoluciona hasta casi tomarse en serio: Basilio pasa así a ser un héroe. Este planteamiento apunta al modelo real antes citado, *El detective Ros Koff*, amigo y compañero de Emilio Carrère.

Hay en la obra de Carrère, y en los añadidos de Aragón, una fuerte presencia de dos subsistemas del (poli)sistema literario del que ambos formaron parte: nos referimos a la literatura extranjera, las traducciones, y el esoterismo representado fundamentalmente por Madame Blavatsky y su profeta hispano Mario Roso de Luna. Poe, el ya citado Conan Doyle, Wells, Feval, el policía Gorón, Daudet, Leblanc y Leroux están presentes, como también lo estarán Verne y Salgari en lo que a Aragón se refiere, en mayor o menor intensidad a lo largo de todo el texto.

Un trabajo reciente, accesible por Internet⁴⁶, señala dos influencias en *La torre...*: la de Poe, centrada en *El pozo y el péndulo*, y la del ciclo artúrico o bretón, en concreto *El cuento del Grial*, de Chrétien de Troyes. Ambas afirmaciones son discutibles. Efectivamente, en el capítulo 17 Carlos de Mantua está prisionero y encadenado en un pozo y la referencia al relato de Poe es inequívoca: «—¡La Inquisición en pleno siglo XX! Caballero, su situación es idéntica a la del protagonista de «El pozo y el péndulo», el espeluznante cuento de Edgardo Poe»⁴⁷; idéntica, pero menos, pues aunque hay pozo, el péndulo no aparece por ninguna parte. De nuevo en el capítulo 20, «La ciénaga de la muerte», aparece otro pozo cuyo fondo es mefítico y cenagoso; pero ahí acaba la concordancia con el relato de Poe, autor, que como ya hemos dicho, está presente en toda la obra. Por el contrario, y una vez más, el título del capítulo parafrasea otro de la

⁴⁶ Javier GUILLÉN ÁLVAREZ, «La torre de los siete jorobados de Emilio Carrère», en *Athenea*. La dirección exacta del artículo dentro de la revista es: <http://www.athenea.es.org/articls/carrere.htm>.

⁴⁷ E. CARRÈRE, *La torre...*, p. 160.

famosa obra *El sabueso de los Baskerville*, de Conan Doyle, cuya influencia también hemos señalado. Pero volviendo a Poe, *La verdad acerca del caso del señor Valdemar* influye poderosamente en todo lo referente a la hipnosis; sorprende que Carrère atribuya erróneamente en el capítulo 1 a dicho personaje moribundo la condición de morfinómano, algo incomprensible si tenemos en cuenta que vertió al castellano la versión francesa de Poe hecha por Baudelaire, aunque tan sólo cuatro relatos: *Doble asesinato en la calle Morgue*, *La carta robada*, *El escarabajo de oro* y *El infundio del globo*⁴⁸. El correspondiente al señor Valdemar lo tradujo, en otro tomo de la misma colección, José Francés⁴⁹, y en otro más encontramos *El pozo y el péndulo*, a cargo de Ramón Gómez de la Serna⁵⁰. Otros relatos de Poe dentro de la misma colección fueron traducidos por Emiliano Ramírez Ángel y Andrés González Blanco.

Más dudosa es todavía la influencia tanto en Carrère como en Aragón del ciclo artúrico o bretón y, en concreto, de la obra de Chrétien de Troyes, cuya recepción, en esas fechas, no había tenido lugar en España (al menos, Palau no la registra). Para cerrar el comentario sobre el citado artículo hemos de señalar únicamente que abunda en el error de Palacios al datar *La torre...* en 1924 y hacerla derivar de *Un crimen inverosímil*. El artículo insiste también en la tendencia actual de sobrevalorar la bohemia madrileña, planteamiento literariamente aceptable, pero ayuno de rigor científico: los mal «proletarios del arte» o de «la literatura»⁵¹ no influyeron para nada en sus coetáneos; el único representante de la «golfemia» con una obra de interés es Pedro Luis de Gálvez.

⁴⁸ Edgar ALLAN POE, *Historias extraordinarias*, prólogo de Carlos Baudelaire, trad. Emilio Carrère. Colección de Autores Célebres Extranjeros, 1 (Madrid: Ediciones Matev, s.a.).

⁴⁹ Edgar ALLAN POE, *Historias extraordinarias*, trad. José Francés. Colección de Autores Célebres Extranjeros, 2 (Madrid: Ediciones Matev, [1918]).

⁵⁰ Edgar ALLAN POE, *Nuevas Historias extraordinarias*, trad. Ramón Gómez de la Serna. Colección de Autores Célebres Extranjeros, 4 (Madrid: Ediciones Matev, s. a.). Esta traducción se ha reeditado recientemente: Edgar ALLAN POE, *Nuevas historias extraordinarias*, trad. Ramón Gómez de la Serna, prólogo de M.ª Luisa Picón García. Escritores e intérpretes, 6 (Madrid: Lípari, 1994).

⁵¹ Proletario es aquel que vende su fuerza de trabajo, la de su compañera y la de su prole, generando así una plusvalía que le es detraída por su patrón. No era ése el caso de «literatos» como Dorio de Gádex, Armando Buscarini, o incluso, Pedro Luis de Gálvez, cuyo problema no consistía en vender su fuerza de trabajo literaria, sino en que nadie quería comprarla. Algunas publicaciones en su etapa de decadencia (por ejemplo, *El Cuento Semanal*) les encargaron obras cuyo resultado literario fue, como era de esperar, lamentable. Gálvez llegó incluso a dirigir una colección editorial, mientras que Buscarini vendía sus obras a duro a los otros escritores: es imposible encontrar un solo ejemplar que no esté dedicado. Su influencia en el polisistema literario fue muy pequeña, por no decir nula. Otro caso es el de aquellos escritores modernistas que se plantearon la bohemia como realidad o como máscara: Villaespesa, Isaac Muñoz, Alejandro Sawa, el propio Valle y, claro está, Carrère.

Por el contrario, influyó, y mucho, la gran sacerdotisa del ocultismo y del esoterismo, Madame Blavatsky⁵², fundamentalmente en los círculos espiritistas, teosóficos y masónicos. Ya en la última década del siglo XIX se editaba mensualmente en Barcelona, en la imprenta de Redondo y Xumetra de la calle Tallers, n.ºs 51-53, la revista *Estudios Teosóficos*, cuya redacción y administración ocupaba el entresuelo primera del número 66 de la misma calle. Nemo, W. Q. Judge y la propia madame Blavatsky son ya conocidos en esas fechas por sus *lanus* (discípulos), pero será precisamente de la mano de uno de ellos, Mario Roso de Luna⁵³, como el pensamiento de la teósofa H. P. B. tendrá una cierta proyección en el polisistema literario en una doble vertiente: en los planteamientos teosóficos propiamente dichos y en un curioso «saber oculto», trasladado a tratamientos eruditos más que discutibles. Madame Blavatsky *versus* Roso de Luna influyó sobre todo en Cansinos Assens, en su versión del *Libro de las mil y una noches*⁵⁴; hay que decir que su enfoque hiperculto no hace favor al texto frente a las deliciosas versiones de Mardrus y el capitán Burton. También lo «trufa» (pp. 48-57) con los excesos ocultistas de Roso de Luna en su obra *El velo de Isis o Las mil y una noches ocultistas*⁵⁵, título que

⁵² Madame Blavatsky o H. P. B., como era conocida en los círculos teosóficos, se llamaba Helena Petrovna Blavatsky (nacida Hahn Fadéeff); era hija del coronel alemán Peter von Hahn y de la escritora Helena Andreyevna Fadéeff, y estaba emparentada con la aristocracia rusa. La que luego sería fundadora de la Sociedad Teosófica vino a este mundo material en agosto de 1831 en Dnepropetrovsk (Ekaterinoslav, Ucrania). Tras viajar por todo el mundo, murió y fue cremada en Londres en mayo de 1891. Publicó muchas obras entre las que destacamos *Isis sin velo* (1877) y *La Doctrina Secreta* (1888); de todas ellas existen traducciones castellanas en la «Biblioteca Blavatsquiana» dirigida por Roso de Luna y actualmente en algunas editoriales argentinas. Su influencia fue y es notable. Para obtener más información sobre H. P. B. recomendamos consultar la siguiente dirección de Internet: <http://www.blavatsky.net/espanol/intro/sp-whowas.htm>.

⁵³ Mario Roso de Luna (Logrosán, Cáceres, 1872 - Madrid, 1931) estudió en Madrid, donde obtuvo las licenciaturas de Físico-química, Filosofía y Letras, y Derecho. Descubrió varios cometas (1893) y estrellas temporarias (1918 y 1920) y estudió los eclipses de sol de 1900, 1905 y 1909. Como historiador descubrió la escritura ógnica y estudió más de un centenar de inscripciones ibéricas, romanas y visigóticas. Se pidió para él, por parte de trescientos intelectuales encabezados por Ramón y Cajal, la creación de una cátedra de polididáctica (ciencias, filosofía y mitologías comparadas). Los Roso de Luna, emparentados por matrimonio con los Hernández Pacheco, forman una de las más ilustres familias de geólogos españoles. La «Biblioteca Teosófica de las Maravillas» de Mario Roso de Luna reúne la aportación española más importante al movimiento teosófico mundial. Dentro de la masonería española alcanzó el grado treinta y tres. Sobre Mario Roso de Luna véase: Miguel PARDEZA, «Roso de Luna», en *El Bosque* (septiembre-diciembre 1992), n.º 3, pp. 101-110.

⁵⁴ *Libro de las mil y una noches*, trad. R. Cansinos Assens, il. Julio Castro de la Gandara y Manuel Benet (Madrid: Aguilar, 1969), I a III.

⁵⁵ Mario ROSO DE LUNA, *El velo de Isis o Las mil y una noches ocultistas*. Obras Completas de Mario Roso de Luna, 20. Biblioteca Teosófica de las Maravillas, Serie B, 10 (Madrid: Pueyo, 1923).

remite al de su maestra H. P. B. *Isis sin velo*. No podemos extendernos aquí sobre la versión de Cansinos salvo decir que, a nuestro juicio, sobrevalora las de Galland y Payne, semiignora la de Weil, y critica acerbamente, por razones obvias de competencia, la de Mardrus. Cansinos no leyó las obras originales de Madame Blavatsky, aunque la cita (pp. 30-31) reproduciendo, muy astutamente, el párrafo titulado «Carácter histórico al par que fabuloso de Las Mil y Una Noches» (*Las más antiguas tradiciones persas*. Estancia XII, tomo II), que aparece en la ya citada obra de Mario Roso de Luna (p. 1).

La influencia teosófica tanto en Cansinos, como en autores como Carrère, no se limita a Roso de Luna; los escritos espiritistas de Conan Doyle están presentes, así como los de Mauricio Maeterlinck, algunas de cuyas obras tradujo el propio Cansinos⁵⁶. Esta influencia extranjera triple, H. P. Blavatsky, Conan Doyle y Mauricio Maeterlinck, tiene un notable refuerzo en la obra literaria de los autores esotéricos, librepensadores y espiritistas españoles como el propio Roso y las escritoras Rosario Acuña (Madrid, 1851 - Gijón, 1923), librepensadora perteneciente a una logia masónica, y Amalia Domingo Soler (Sevilla, 1835 - Barcelona, 1909), directora durante veinte años del semanario *La luz del porvenir*. Esta última, miembro también de una logia, fue la vicepresidenta del Congreso Internacional Espiritista (Barcelona, 1888), y autora de un gran número de relatos sobre dicho tema⁵⁷. Amalia Domingo fue el *alma* del Centro Espiritista «La Buena Nueva», que tenía su sede en Barcelona-Gracia en el segundo piso de la calle San Luis, 28. El 29 de abril de 1909, efectuó su «tránsito al plano astral» y desde allí, a través de una médium, dictó el prólogo y la segunda parte de sus *Memorias*⁵⁸: lo que no era en aquel momento infre-

⁵⁶ Mauricio MAETERLINCK, *Senderos en la montaña*, versión castellana de R. Cansinos Assens (Madrid: V. H. Sanz Calleja, s. a.); y Mauricio MAETERLINCK, *El gran secreto*, versión castellana de R. Cansinos Assens (Madrid: V. H. Sanz Calleja, s. a.). Algunas de sus otras obras esotéricas fueron traducidas por otros autores, como por ejemplo: Mauricio MAETERLINCK, *La Muerte*, versión de Efrén Rebolledo y Rafael Cabrera (México: Andrés Botas e hijo, s. a.); pese a editarse en México se imprimió en la editorial Prometeo de Valencia.

⁵⁷ Sobre ambas escritoras véanse las excelentes notas biográficas realizadas por Amelina Correa en *Cuentos de mujeres. Doce relatos de escritoras finiseculares*, ed. Amelina Correa, il. Marina Arespachoga. Colección cuentos de autores españoles, 25 (Madrid: Libros Clan, 2000), pp. 61-63 y 168-171. Véase también: Amalia Domingo SOLER, *Cuentos espiritistas*, ed. Amelina Correa, il. Marina Arespachoga (Madrid: Clan, 2002).

⁵⁸ *Memorias de la insigne cantora del espiritismo Amalia Domingo Soler* (Barcelona-Gracia: Imp. B.—«La Luz del Porvenir», 1913). Amelina Correa (véase nota 57), siguiendo los datos que M^a del Carmen Simón Palmer ofrece en *Escritoras españolas del siglo XIX. Manual bio-bibliográfico*, da noticia de otra edición anterior: *Memorias...* (Barcelona: Maucci, 1912).

cuenta, ya que «los seres espirituales de la perfección suprema» dictaban conferencias de diferente orientación, incluida la cristiana⁵⁹.

La vida de ultratumba dio lugar a numerosas publicaciones de toda índole. Editoriales como Maucci⁶⁰, B. Bauzá⁶¹ y M. Aguilar publicaron incluso series de contenido espiritista y esotérico, tanto en el campo de los estudios teóricos como en el narrativo; esta última lanzó dos series en los años 20: «Colección Maravillosa» y «Colección [o Biblioteca] de Ciencias Psíquicas» con obras de Flammarion (*La muerte y su misterio* en tres volúmenes; *Las casas de duendes*), Sciens (*Cómo se habla con los muertos. Manual práctico*), Eugène Osty (*El conocimiento supra-normal*), Cornillier (*La supervivencia del alma y su evolución después de la muerte*), Creveuil (*No morimos*), William Barrett (*En el umbral de lo Invisible*), Schopenhauer (*Las ciencias ocultas*), Gustave Geley (*La ectoplasma y la clarividencia*), Lucien-Graux (*Reencarnado. Novela del Más Allá*), Madeleine Frondoni Lacombe (*Maravillosos fenómenos del más allá*) y Conan Doyle (*El viaje de un espiritista*).

Pero la personalidad de Roso de Luna será sin duda la más influyente en sus coetáneos al venir aparejada de un indudable prestigio como científico. Si es notable en Cansinos, no lo es menos en el caso de Carrère. Es más, el primero de los mentados nos habla de «las veleidades esotéricas de Carrère»⁶², que admiraba, como muchos intelectuales españoles, a Mario Roso de Luna por su saber universal: astrónomo, prehistoriador, literato, etc., y también por su doctrina esotérica. A Roso dedica Carrère uno de los capítulos de su obra *Retablillo grotesco y sentimental* que titula «Un

⁵⁹ Citamos como ejemplo la siguiente obra: *La revelación. Obra eminentemente espiritualista, enriquecida con varias conferencias recibidas de ultratumba por Seres Espirituales de la perfección suprema para estar al alcance de todas las inteligencias* (Játiva: Tipografía de Blas S. Bellver, 1913).

⁶⁰ Maucci editó la colección «Biblioteca de La Vida Editorial», en la que aparecieron numerosas obras de Camilo Flammarion; a título de ejemplo citamos: Camilo FLAMMARION, *Investigaciones psíquicas*. Biblioteca de la Vida Editorial (Barcelona - Buenos Aires: Maucci, s. a.). Previamente había editado la colección «Obras Espiritistas», con autores como Allan Kardec, León Denis, J. Bouvery, Mme. E. d'Espérance, Alejandro Aksakof, Mme. Rufina de Noeggerath, Ch. Lafontaine y Enrique Leyret, y otra de «Libros cabalísticos», con temas como magia blanca y negra, hipnotismo, demonología y ocultismo.

⁶¹ B. Bauzá editó dos colecciones: «Biblioteca de Ciencias Psíquicas», con obras de Ernesto Bozzano, y «Biblioteca de Teosofía y Orientalismo» (dirigida por Pedro Guirao), con obras clásicas de autores como Confucio, Lao-Tse, Pitágoras y Zoroastro, así como el *Talmud* y tratados sobre numerología, egiptología y religiones orientales.

⁶² Rafael CANSINOS ASSENS, *Obra crítica*. Biblioteca de Autores Sevillanos, 3 (Sevilla: Diputación de Sevilla – Área de Cultura y Ecología, 1998), I, p. 431. Sobre las experiencias espiritistas de Carrère puede consultarse también: Tomás ÁLVAREZ ANGULO, *Memorias de un hombre sin importancia (1878-1961)*, prólogo del Dr. Carlos Blanco Soler (Madrid: Aguilar, 1962), pp. 517-518.

rato de charla con el mago de Logrosán»⁶³, publicado previamente como artículo en *Nuevo Mundo*⁶⁴. Pero amén de su admiración («Me sé de memoria su *Biblioteca de las Maravillas*», le dice en la charla antes citada), Carrère conoce y usa sin reparo planteamientos esotéricos y ocultistas en *La torre...* y en otras de sus novelas; por ejemplo, en *La conversión de Florestán*, se celebra un rito satánico y una misa negra; su protagonista posee a una mujer que entre sus brazos a la mañana siguiente se deshace, como el señor Valdemar, en una masa putrefacta.

Haciendo alusión únicamente a la obra que nos ocupa, en el capítulo 1 nos suministra un catálogo de supersticiones, malos augurios y formas de controlarlos; nos hablará también del señor Valdemar de Poe, el muerto cuya capacidad de relación es mantenida mediante hipnosis. En el capítulo 2 Catafalco es capaz de señalar premonitoriamente a Basilio las jugadas afortunadas; lo que no resulta nada raro habida cuenta que es el espectro o espíritu de un hombre —el doctor Robinsón de Mantua— asesinado diez años ha (capítulo 3). Basilio, que es, como buen médium, epiléptico, entra en contacto con el espíritu de Robinsón de Mantua, y a continuación asistimos a una demostración de escritura automática y telequinesia con decapitación incluida en forma de «un asesinato a distancia» (capítulo 4). La aparición del doctor Sabatino nos pone en contacto con Ercole, su criado, una especie de zombi o muerto vivo (capítulo 14). Carrère resuelve el problema de eliminar a los malos mediante la práctica nigromántica de arrojar su efigie en forma de pequeño muñeco de cera al fuego (capítulos 28 y 29). En el ritual satánico del capítulo 28 hay de todo, gato negro incluido, personificando al Señor de las Tinieblas.

De nuevo Jesús Palacios, en la reedición de varias novelas cortas de Carrère, entre las que se incluye *Un crimen inverosímil*, incurre en un contrasentido derivado de su error de datación al afirmar:

«Carrère [...] es en realidad un impenitente aficionado y conocedor de la literatura fantástica y ocultista... E incluso del cine, porque ¿de dónde puede salir si no ese Ercole, títere sonámbulo a quien el malvado Doctor Sabatino obliga bajo hipnosis a cometer los más horribles crímenes, sino del Cesare no menos sonámbulo de *El gabinete del Dr. Caligari*? Así, las influencias del cine expresionista germano aparecerían no sólo en el film de Neville, [...] sino también en el cuento original que daría lugar a la novela y la película posteriores»⁶⁵.

Difícilmente Ercole puede ser un trasunto del Cesare de la película de Robert Wiene, habida cuenta que fue creado por Carrère en 1916, tres años

⁶³ E. CARRÈRE, *Retablillo...*, pp. 195-202.

⁶⁴ Emilio CARRÈRE, «Un rato de charla con el mago de Logrosán», en *Nuevo Mundo* (2-V-1919), pp. 10-11.

⁶⁵ Véase la reedición citada en nota 24, p. 18.

antes de la exhibición de *El gabinete del Dr. Caligari*; pero sí hay planos de la película de Neville fuertemente influenciados por la de Wiene.

Cuando decíamos que Carrère conocía y usaba sin reparo planteamientos esotéricos y ocultistas queríamos poner énfasis en esa característica que le diferencia de Aragón. En su caso nos encontramos ante una personalidad bien diferente; mientras que Carrère era un hombre liberal, Aragón se nos antoja un católico tradicional, con una cierta tendencia a la beatitud: hay en él una característica muchas veces repetida de considerar satánicas todas las confesiones religiosas que no sean la católica, apostólica y romana. Esto, unido a una cultura no excesiva, le lleva a desbarrar sobre el gnosticismo y el mazdeísmo, detalle éste del máximo interés, pues permite identificar algunos de los fragmentos de *La torre...* como salidos de su pluma. Aragón escribe así párrafos que jamás Carrère hubiera escrito *motu proprio*, pero que dejó pasar como suyos.

Aparte del ya citado capítulo de relleno (el 10) Aragón, a nuestro juicio, escribe el capítulo 12, «Un secuestro misterioso». Es obvio que para «agrandar» la novela había que añadir nuevos elementos, encontrar una idea fuerza y un hilo conductor argumental: por eso, Aragón idea el secuestro de uno de los parientes del doctor Robinsón de Mantua. El capítulo 13, «Un extraño memorialista», se nos antoja de paternidad dudosa; dos aspectos corroboran esta sospecha: continúa la historia del robo a la «Bella Medusa» y no la del secuestro de Carlos de Mantua, y se describe al portero de la casa deshabitada como un «memorialista», término que remite a Carrère; casi nos atreveríamos a asegurar que, si salió de la pluma de Aragón, utilizó para su construcción algunas notas de Carrère. El capítulo es demasiado largo, el doble que uno de los escritos sin lugar a dudas por este último, como el que sigue, el 14 («Basilio el conquistador»), en el que el protagonista se introduce en casa de Sabatino tras seducir a la criada; esta historia continuará en el capítulo 15, «El cazador cazado», ya que ambos provienen del séptimo capítulo de la novela corta que se divide en dos. Palacios sostiene que la segunda parte es de Aragón, cosa que dudamos, porque dicho capítulo introduce de nuevo a un personaje aportado por Carrère, Sindulfo del Arco, en cuya guarida cae Basilio en su loca huida. De nuevo es posible que Aragón lo reescribiera, pero sobre notas de Carrère. Sí salió de su pluma el 16, «Una casa embrujada», que retoma su aportación inicial: el secuestro de Carlos de Mantua, rompiendo así la trama argumental.

Ese capítulo es la demostración palpable de lo sucedido. Lo entregado por Carrère al editor, con el que había tenido y seguiría teniendo relación fue la casi totalidad de la novela. Es obvio que Palomeque encargó a Carrère una «novela larga» destinada a una edición inmediata y a su posterior inclusión en sus «Obras Completas», como así sucedió. Carrère cumplió, pero no del todo: entregó a Palomeque el título, las páginas impresas

de la novela corta original y, esto es lo más importante, una serie de anotaciones, páginas manuscritas y otras impresas procedentes de artículos de prensa. Sin embargo, el problema surge cuando, con añadidos y todo, la novela queda corta; Carrère se desentiende y Palomeque encarga a Aragón que «inflen» la novela, «sin que se eche de ver». Aragón cumple el encargo, con más voluntad que fortuna, la novela es un éxito, y Cansinos escribe su desahogo particular ya descrito. Obsérvese cómo Aragón en este capítulo 16 construye una página de relleno sin contribuir en absoluto a que la trama avance ni un ápice:

«La antigua casa del doctor era muy medrosa. Los amplios salones, siempre cerrados; las largas galerías tenían como un hálito de viejas tristezas, de graves recuerdos. [...] Dos bargueños tallados, un aparador de roble, amplios sillones fraileros. Sobre la mesa, un tapete de extremada labor de encaje. Una sola puerta comunicaba con el resto de la casa, por un corredor amplio y oscuro. La alcoba del secuestrado estaba inmediata a este comedor»⁶⁶.

El añadido dura cuatro largos párrafos que ocupan exactamente una página. Carrère, conciso, certero y original en el tratamiento de los calificativos, jamás hubiera escrito semejante salmodia. Con este capítulo 16 concluye la primera parte en la que Aragón introdujo, a nuestro juicio, cuatro capítulos (10, 12, 13 con reservas, y 16). Su aportación al nudo del relato se limita al secuestro del pariente de Robinsón de Mantua.

La segunda parte, «Los secretos de la ciudad subterránea», consta de nueve capítulos, los que van del 17 al 25. De los dos primeros, la autoría total o parcial de Carrère es indudable. Aragón, indudablemente también, metió pluma en el 17, «Donde volvemos a encontrar a un amigo extravagante», para enlazar la historia principal con la del secuestro de Carlos de Mantua. En este capítulo se cita al «rabino Ben Cansín» (p. 154), en clara alusión a Cansinos; la ironía solamente puede atribuirse a Carrère; una vez más, Aragón nunca se hubiera atrevido a tanto. Palacios, de nuevo por problemas de datación, afirma erróneamente:

«No hay duda de que Carrère corrigió las galeradas y pruebas de imprenta, así como de que en posteriores ediciones añadió algún que otro toque (por ejemplo, cambiar algunos adjetivos y, también, algún que otro nombre propio, como el de un tal Isaac Ben Gerva la Barí, rabino, que aparece en las primeras impresiones, y que se convirtió después en Isaac Ben Cansín, en claro guiño a su amigo y santo patrón (judío) de la bohemia, Cansinos Assens)»⁶⁷.

En realidad, un cotejo de las sucesivas ediciones de *La torre...* muestra que el nombre inicial del rabino fue Ben Cansín, y que Carrère lo substituyó más tarde, en las ediciones de *Atlántida* y *Novelas y Cuentos*, por el más judaizante de Ben Gerva la Barí. Por otra parte, atribuir a Cansinos

⁶⁶ E. CARRÈRE, *La torre...*, pp. 148-149.

⁶⁷ J. PALACIOS, «Prólogo», p. 33.

la condición de «amigo y santo patrón» de Carrère es mucho suponer. En cualquier caso, podemos concluir que la paternidad del capítulo es compartida. A cambio, el 18, «De cómo el erudito de los anteojos se retrasa excesivamente», es claramente de Carrère, como ya dijimos más arriba.

Si volviendo atrás recordamos que según Aragón «estaba sin terminar», es lógico suponer que fue en esta segunda parte donde su contribución debió de resultar más intensa, dado que la tercera es mucho más breve, y de sus cuatro capítulos dos proceden de la novela corta inicial.

Así, el capítulo 19, «Un cortejo fúnebre y una ceremonia diabólica», debió de salir, en su casi totalidad, de la pluma de Aragón. Hay varias razones para afirmarlo: enlaza con aquellos que introducen el secuestro de Carlos de Mantua; sus párrafos son mucho más largos que los de Carrère; retoma en él algunas adiciones anteriores como el tema de las ratas, y finalmente, incluye la satanización del mázdeísmo y el ritual de iniciación del «erbedo» (discípulo satánico), aspectos que volverá a utilizar con más persistencia que acierto en su obra posterior *La sombra blanca de Casarás*. Lo mismo puede afirmarse del capítulo 20, «La ciénaga de la muerte», que tiene una perfecta concordancia con el anterior. En ambos, Aragón brilla como constructor de situaciones aventurescas, reiterando, una vez más, sus curiosas valoraciones de la religión de Zoroastro: tanto Ormuz como Arimán —a los que llama «Ormuzd» y «Arimanes»— tienen para él connotaciones satánicas. Aragón no diferencia entre los dos principios claves de la religión de Zoroastro: el Bien y el Mal; es obvio que nuestro autor no andaba muy sobrado de cultura religiosa. También en *La sombra blanca de Casarás* nos obsequiará con otra inexactitud, al atribuir a Bafonet (pequeña cabeza humana de simbología gnóstica) la condición de potencia infernal; sin duda, utilizó como fuente de inspiración la ahora recién reeditada novela corta de Carrère *La Casa de la Cruz*, publicada inicialmente en 1924⁶⁸, en la que podemos leer:

«En el altar había un crucifijo invertido, y al encenderse las luminarias vi, con espanto inaudito, que sobre la figura del Salvador había un monstruo. Era el Baphomet de los templarios, el macho cabrío, con una luz entre los cuernos, con cuerpo de varón y pechos de mujer»⁶⁹.

Carrère inventa, como siempre, y Aragón tomará sus invenciones en préstamo para *La sombra...* limitándose además a reproducir las acusaciones que en su momento se hicieron a los Caballeros Templarios para su expolio y liquidación definitiva. Aragón tomó los datos del artículo dedi-

⁶⁸ Emilio CARRÈRE, *La Casa de la Cruz*, prólogo de Artemio Precioso, il. Izquierdo Durán. «La Novela de Hoy», 99 (Madrid: Sucesores de Rivadeneira, 4-IV-1924). Para la reedición véase nota 24.

⁶⁹ E. CARRÈRE, *La Casa de la Cruz y otras historias góticas*, p. 294.

cado a los Templarios en el Diccionario Espasa⁷⁰. Ni que decir tiene que Bafonet o Baphomet aparece en los diccionarios de ciencias ocultas⁷¹, pero no en el *Diccionario Infernal*, de Collin de Plancy⁷², ni en ninguno de los «catálogos infernales» al uso, por más que Carrère y Aragón intenten satanizarlo.

Continuando con su salmodia diabólico-iniciadora, Aragón, a nuestro juicio, escribe también el capítulo 21, «Donde se echa de ver que el número de jorobados asciende de siete a nueve»; de nuevo la gran longitud de los párrafos y una cierta prosopopeya afectada señalan al autor:

«¡Arimanes!, tu espíritu necesita una víctima, que colme tu justa cólera contra la raza humana; esa víctima será nuestro enemigo, que yace cargado de cadenas esperando el golpe mortal. ¡Arimanes!, satura el brazo de quien te va a inmolar, dándole la tenacidad del acero y la dureza del diamante, si el fuego material le purifica del dolor y de toda impureza»⁷³.

Desde luego, Carrère no escribía así; y si de montar una ceremonia satánica se trataba, lo hubiera hecho con un texto similar al que aparece en el capítulo 28, penúltimo de la novela. Con una cultura esotérica y ocultista más que notable⁷⁴, Carrère domina el tema con maestría. En materia satánica, Aragón, a su lado, es un pobre indocumentado.

El capítulo 22, «Una merienda emocionante y un cadáver que abre un ojo», reproduce si no el texto, sí el contexto de un pasaje de *La calavera de Atahualpa* que se había publicado previamente en *Mundo Gráfico*. Sorprende el tono jocoso del mismo, intercalado entre tanta aventura «escalofriante» surgida de la pluma de Aragón; es más, el capítulo destruye totalmente el clímax de tensión creado en los tres precedentes. La explicación es obvia: el trío es un añadido con los debidos enlaces en los capítulos anterior y posterior. Así, el capítulo 19 pudo enlazar, en la entrega efectuada por Carrère, con la segunda página del actual capítulo 22: Basilio encuentra a sus amigos, el Duende y el inspector, y con el añadido introducido por Aragón de Carlos de Mantua se dan una merendola surgida de sus jorobas; Ercole, convertido en muerto vivo, sirve de mesa en el ágape; esto es, sin duda, un invento de Carrère.

⁷⁰ *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana* (Madrid: Espasa-Calpe, 1926), LX, pp. 727-741.

⁷¹ *Dictionnaire des Sciences Occultes, suivi d'un Dictionnaire des songes*, ed. Frédéric Boutet (París: Librairie des Champs-Élysées, 1937), pp. 97-98 y 335-340.

⁷² No aparece en ninguna de las ediciones publicadas hasta entonces: ni en la primera edición española, COLLIN DE PLANCY, *Diccionario Infernal* (Barcelona: Imprenta de los hermanos Llorens, 1842), I-II; ni en la posterior reedición ampliada, Jacobo COLLIN DE PLANCY, *Diccionario Infernal*, nueva ed. correg. y aum. por Quintín López Gómez (Barcelona: Maucci, 1913), I-II.

⁷³ E. CARRÈRE, *La torre...*, p. 186.

⁷⁴ Tan sólo entre sus colaboraciones publicadas en *Nuevo Mundo*, Carrère dedica a dichos temas veinticuatro artículos entre 1914 y 1928.

A nuestro juicio, los tres últimos capítulos que cierran esta segunda parte salieron de la pluma de Carrère, con intercalados de Aragón; de nuevo, la agilidad del relato, sus párrafos cortos y la presencia de Sindulfo del Arco, el erudito de los anteojos azules, el viajero infatigable, así lo señalan. Lo referente a Carlos de Mantua puede haber sido añadido y, sobre todo, la inscripción hebrea del capítulo 25, «La prisión del judío»; no podemos olvidar las referencias que hacía Aragón al texto escrito en caracteres hebreos reivindicando su paternidad; aunque sí dudamos de su insistencia en que el texto no se imprimiera al revés, como fatalmente sucedió. Mucho nos tememos que la observación de Aragón fue *a posteriori*; es obvio que éste encontró dicho texto en algún libro y encargó una reproducción fotográfica; el cliché fue invertido en el proceso de fotograbación y el resultado fue el ya indicado. Eso demuestra que Aragón finalmente no corrigió las pruebas. En su relato de los hechos nos indica que en su cita con Carrère para conocerse le dijo: «Además le advertí que casi al finalizar el texto había creído necesario *intercalar* una inscripción hebrea, y que la imprenta, por carecer de aquellos tipos, se había visto obligada a sacar un fotograbado de la misma»⁷⁵. El texto, que Aragón tanto valora, es una frase aljamiada, es decir, castellana escrita con caracteres hebreos; dice exactamente lo que se transcribe en la novela: «Desgraciado cautivo, bajo esta losa está tu libertad».

Pero la inversión de la frase no sólo demuestra que Aragón no corrigió las pruebas, sino que pone de manifiesto dos cosas: que sí «intercaló» la citada inscripción fue porque había un texto preexistente, y que Cansinos habló de *La torre...* sin leerla. Un «hebraísta» tan insigne como él no hubiera dejado de advertir tamaña pifia y lo hubiera puesto de manifiesto.

Llegamos ya al final de nuestro análisis. La tercera parte de *La torre...*, «Se descubre el enigma escalofriante», es a nuestro juicio íntegramente de Carrère; puede que Aragón metiera algo de pluma, pero su contribución no fue significativa. En este sentido estamos profundamente en desacuerdo con Palacios cuando afirma: «En cuanto al capítulo 26º, «La lucha en el medio astral», he creído conveniente señalarlo, puesto que fue incluido, de forma independiente, en la *Antología de la literatura fantástica española* de Guarner, publicada por Bruguera, donde apareció atribuido, lógicamente, a Carrère, cuando en realidad todo apunta a que su autor es Jesús de Aragón»⁷⁶. Efectivamente hay en dicho capítulo concordancias con *La sombra blanca de Casarás*, aunque eso no prueba nada, pues su publicación

⁷⁵ J. PALACIOS, «Prólogo», p. 23. El subrayado es nuestro y cabe interpretar el verbo «intercalar» en el sentido de que Aragón añadió ese detalle, ciertamente brillante, a lo anteriormente escrito por Carrère.

⁷⁶ J. PALACIOS, «Prólogo», p. 31. La antología citada es: José Luis GUARNER (ed.), *Antología de la literatura fantástica española*. Libro Amigo, 115 (Barcelona: Bruguera, 1969); el texto ocupa las páginas 411-420.

es posterior a la aparición de *La torre...*; en todo caso habría sido Aragón quien utilizara fragmentos de la novela de Carrère para la suya. Nuestro criterio es contrario al de Palacios, ya que todo apunta a que el autor de dicho capítulo fue Carrère: su personaje central, de nuevo Sindulfo del Arco, las influencias esotéricas en la prédica del viajero infatigable, el tono jocoso y paródico (frente al espíritu de la pesadez, característico de Aragón), la influencia de Poe, y en concreto de *La verdad acerca del caso del señor Valdemar*, y la agilidad del relato; todo, absolutamente todo, apunta a Carrère.

Aragón intercaló algún párrafo para enlazar con su añadido del secuestro de Carlos de Mantua, pero no le acompañó la fortuna, ya que en el texto hay una falta de continuidad que pasamos a reproducir:

«Te he reconocido: eres el mismo que emitió los efluvios propulsores de las fuerzas que privaron de la vida a Robinsón de Mantua; ya te veo introducirte a través de las paredes del cuarto en que vive su desgraciado *hermano* para sumirle en un estado de insensibilidad que le impidió toda defensa cuando tus jorobados le secuestraron; tú fuiste quien, valiéndote de tus artes mágicas, atrajiste el velador en que estaba colocado el cheque con que Federico de Mantua trataba de liberar [*sic*] a su desgraciado *hermano*»⁷⁷.

Así, por obra y gracia de Aragón —o de Carrère—, ahora resulta que el parentesco lejano de Carlos y Federico de Mantua con el señor Catafalco se convierte en fraternal lazo. De transición es el capítulo 27, «La persecución», en el que de nuevo la estructura narrativa señala a Carrère. Finalmente, la paternidad de los dos últimos capítulos está fuera de toda duda: ambos figuran en el texto original de *El señor Catafalco*.

IV. LA PERSONALIDAD LITERARIA DE JESÚS DE ARAGÓN

A finales del segundo decenio del siglo XX las relaciones entre la editorial V. H. de Sanz Calleja y el autor de la serie denominada «Biblioteca novelesco-científica», José de Elola, que firmaba bajo el seudónimo de «El Coronel Ignotus»⁷⁸, se habían deteriorado profundamente. La ruptura definitiva no se hizo esperar, y Palomeque intentó sin éxito dar continuidad a la colección, poniendo al frente de la misma a un autor novel, Jesús de Aragón, que adoptó los seudónimos de «J. de Nogara» (anagrama de Aragón) y «Capitán Sirius»⁷⁹.

⁷⁷ E. CARRÈRE, *La torre...*, p. 233. El subrayado es nuestro.

⁷⁸ Sobre este escritor véase el siguiente artículo: Augusto URIBE, «Apuntes para la historia de la ciencia ficción española. El Coronel Ignotus», en *Bem* (abril-mayo 1994), n.º 38, pp. 8-15.

⁷⁹ Augusto URIBE, «Apuntes para la historia de la ciencia ficción española. El Capitán Sirius», en *Bem* (abril-mayo 1995), n.º 44, pp. 6-14. Recientemente Augusto Uribe

No vamos a repetir aquí la biografía de Jesús de Aragón y Soldado (Valsaín, Segovia, 18-III-1893 - Madrid, 19-IV-1973), que figura en el citado artículo de Augusto Uribe. Su inquietud literaria le llevó a escribir columnas periodísticas de divulgación geográfica y científica, algún cuento y sus tres primeras novelas: *Lola*, de carácter autobiográfico (su esposa se llamaba Dolores Rodríguez Ruiz), jamás publicada en España pero traducida al húngaro y editada en Hungría, *Viaje al fondo del Océano* y *Cuarenta mil kilómetros a bordo del aeroplano «Fantasma»*. Fue con estas dos últimas con las que debutó en la editorial V. H. de Sanz Calleja, que inauguró con ellas una segunda colección, «Biblioteca de Aventuras y Viajes», al no poder utilizar el título de la anteriormente dirigida por «El Coronel Ignotus»⁸⁰; en ambas ediciones, Aragón firmó con sus dos seudónimos: «Capitán «Sirius» (J. de Nogara)». Años más tarde, Aragón entró en contacto con la Editorial Juventud que publicaría su *opera omnia*. Dicha editorial, en su *Almanaque Infantil Juventud 1936*⁸¹, publicita hasta doce obras de Jesús de Aragón que, para esas fechas, ya había renunciado a sus dos seudónimos, y era ya calificado como «El Julio Verne español». Incluimos a continuación una relación bibliográfica sistemática, detallada y completa de su obra literaria, algo que no se había realizado hasta ahora:

- *Viaje al fondo del océano. Novela de aventuras* (Madrid: V. H. de Sanz Calleja, [1921]).
- *Cuarenta mil kilómetros a bordo del aeroplano «Fantasma»* (Madrid: V. H. de Sanz Calleja, [1921]).
- *Los piratas del aire*. Colección Aventura (Barcelona: Juventud, 1-marzo-1929).
- *Una extraña aventura de amor en la luna*. Colección Aventura, 218 (Barcelona: Juventud, julio 1929).
- *La ciudad sepultada*. Colección Aventura, 220 (Barcelona: Juventud, septiembre 1929).
- *El continente aéreo*. Colección Aventura, 235 (Barcelona: Juventud, agosto 1929)
- *La ciudad sepultada* (Barcelona: Colección «Algo», 1931). Se trata de una reedición publicada como «folletín encuadernable» en *Algo. Semanario ilustrado enciclopédico y de buen humor*, entre el 10 de enero de 1931 (n.º 89) y el 25 de abril de 1931 (n.º 104).
- *La sombra blanca de Casarás*. Aventura, 60 (Barcelona: Juventud, marzo 1931).

ha publicado unificados este artículo y el dedicado a «Ignotus»: «El Coronel Ignotus y el Capitán Sirius, los dos pioneros de la ciencia ficción española», en *La Novela Popular en España 2* (Madrid: Robel, 2001), pp. 33-67.

⁸⁰ Hemos detectado la presencia de un segundo autor en ambas colecciones, el «Doctor Lange», con una novela titulada *Sobre la pista de los Sioux*, que pudo ser el puente entre «Ignotus» y «Sirius». Los datos sobre este autor y su obra aparecen, por lo menos, en dos cuadernillos de propaganda editorial de Sanz Calleja: en el incluido al final de la edición de *La torre...* (véase nota 12) su libro pertenece a la «Biblioteca novelesco-científica», en cambio en el de la novela *El gran secreto* (véase nota 56) inicia la colección «Biblioteca de Aventuras y Viajes».

⁸¹ *Almanaque Infantil Juventud 1936* (Barcelona: Juventud, 1936), p. 61.

- *40.000 kilómetros a bordo del aeroplano Fantasma*. Aventura, 64 (Barcelona: Juventud, noviembre 1931). Es una reedición parcial de los 33 capítulos iniciales.
- *De noche sobre la ciudad prohibida*. Aventura, 65 (Barcelona: Juventud, febrero 1931). Es una reedición de los 18 capítulos finales de *Cuarenta mil kilómetros a bordo del aeroplano «Fantasma»*, en la que se añaden 7 capítulos nuevos al principio⁸².
- *La destrucción de Atlántida*. Aventura, 66 (Barcelona: Juventud, enero 1933). Se trata de la novela publicada inicialmente con el título de *Viaje al fondo del océano*.
- *Los caballeros de la montaña*. Aventura, 67 (Barcelona: Juventud, julio 1933).
- *El demonio del Cáucaso*. Aventura, 68 (Barcelona: Juventud, noviembre 1933).
- *Los cuatro mosqueteros del zar*. Aventura, 70 (Barcelona: Juventud, mayo 1934).
- *Crepúsculo en la noche roja*. Aventura, 71 (Barcelona: Juventud, julio 1934).
- *Cuarenta mil kilómetros a bordo del aeroplano Fantasma*. «La Novela Azul», 23 (5-X-1935). De nuevo es una reedición parcial.
- *De noche sobre la ciudad prohibida*. «La Novela Azul», 40 (20-VI-1936). Es una reedición.
- *40.000 kilómetros a bordo del aeroplano «Fantasma»*, prólogo de Augusto Uribe. Colección Universal, 5 (Barcelona: Juventud, 1994). De nuevo es la reedición parcial.
- *De noche sobre la ciudad prohibida*, prólogo de Augusto Uribe. Colección Universal, 5 (Barcelona: Juventud, 1994). Es otra reedición.
- *La sombra blanca de Casarás*, prólogo de Antonio Lejárrega. Colección Universal, 36 (Barcelona: Juventud, 1995). Se trata de una reedición.

Hemos hablado de su *opera omnia* literaria con toda justeza; Jesús de Aragón no volvió a escribir ninguna otra novela durante ni tras la Guerra Civil.

V. LA ADAPTACIÓN CINEMATOGRAFICA DE *LA TORRE DE LOS SIETE JOROBADOS*

El 23 de noviembre de 1944 Edgar Neville estrenó la adaptación cinematográfica de la novela de Carrère. La película obtuvo un muy mediano éxito de público (sólo una semana en cartel) y la clasificación de segunda categoría⁸³. A nuestro juicio no pasa de correcta y está muy por debajo de la novela. Por razones de ahorro o de censura todo el ambiente fantástico

⁸² A partir de esta edición, *40.000 kilómetros a bordo del aeroplano «Fantasma»* y *De noche sobre la ciudad prohibida* se estructuran como primera y segunda parte de una misma obra.

⁸³ Resumimos su ficha técnica y artística: TÍTULO: *La torre de los siete jorobados*. DIRECCIÓN: Edgar Neville. ARGUMENTO: basado en la novela homónima de Emilio Carrère. GUIÓN: José Santugini y Edgar Neville. MÚSICA: Maestro Azagra. DURACIÓN: 90 minutos. INTÉRPRETES PRINCIPALES: Antonio Casal (Basilio Beltrán), Isabelita Pomés (Inés), Guillermo Marín (Doctor Sabatino), Julia Lajos (Madre de La Bella Medusa), Félix de Pomés (Robinsón de Mantua), Manolita Morán (Bella Medusa), Antonio Riquelme (Don Zacarías), José Franco (Espectro de Napoleón) y Julia Pachelo (Braulia). Datos tomados de Julio PÉREZ PERUCHA, *El cinema de Edgar Neville* (Valladolid: 27 Semana Internacional de Cine de Valladolid, 1982), pp. 41-42.

y sobrenatural ha desaparecido. En aras de la brevedad citaremos tan sólo la opinión del crítico Luis Quesada que, en el apartado dedicado a Carrère, juzga ambivalentemente su obra literaria y sus posibilidades cinematográficas:

«No tienen interés las novelas de Carrère para su traslado al cine ya que sus ambientes y personajes han desaparecido hoy día [...] En cuanto a los relatos históricos como «El reloj del Amor y de la Muerte», «La calavera de Atahualpa» o «El diablo de los ojos verdes» carecen de una suficiente consistencia argumental para ser recreados en la pantalla. [...] hay una novela de Emilio Carrère muy apta para el cine por su ambiente entre misterioso-policiaco y de aventuras. Se trata de LA TORRE DE LOS SIETE JOROBADOS, fechada en 1924 [...] Esta novela, muy entretenida y perfectamente construida, se convirtió en película el año 1944 bajo la dirección de Edgar Neville que se apoyó en un guión de José Santurkini [sic] el cual reelaboró concienzudamente el texto original»⁸⁴.

Quesada valora la película sin excederse; de su análisis sorprenden dos cosas: que atribuya a *La calavera de Atahualpa* el carácter de novela histórica, y que incluya para *La torre de los siete jorobados* un resumen argumental que no es otro que el de la película. La conclusión es obvia: no leyó ninguna de las dos novelas.

VI. CONCLUSIÓN

A lo largo del presente trabajo hemos intentado profundizar en la autoría y elaboración de la novela de Emilio Carrère *La torre de los siete jorobados*. Así, hemos podido comprobar que lo que reiteradamente se ha venido afirmando no se ajusta a la realidad.

Tras fijar definitivamente la fecha de publicación de la novela, 1920, se han señalado sus auténticos antecedentes: *El señor Catafalco (Los Contemporáneos)*, 1916) y *El mal de ojo* (1917). La revisión de la producción periodística de Carrère nos ha permitido establecer antecedentes de uno de los nuevos personajes de *La torre...*, Sindulfo del Arco, no incluido en la novela corta que sirvió de material de partida; ello determina, por tanto, la paternidad de Carrère de varios capítulos atribuidos hasta ahora al segundo autor. La datación, inequívoca, excluye tanto que *Un crimen inverosímil (La Novela Corta)*, 1922) sea el antecedente directo de *La torre...*, como que ésta incluyera fragmentos de otra novela de Carrère, *La calavera de Atahualpa (El Libro Popular)*, 1922), como se había afirmado. Por el con-

⁸⁴ Luis QUESADA, *La novela española y el cine*. Colección Imágenes, 8-9 (Madrid: Ediciones J. C., 1986), pp. 209-211. Sobre la versión cinematográfica de *La torre...* véase también Luis GÓMEZ MESA, *La Literatura Española en el Cine Nacional (1907-1977)* (Madrid: Filmoteca Nacional, 1978), p. 69.

trario, es ésta última la deudora de algunos textos de *La torre...* y de su personaje principal, Sindulfo del Arco.

Análisis estilísticos y conceptuales nos han permitido reducir la paternidad de un segundo autor, Jesús de Aragón, al que se venía atribuyendo la totalidad de la ampliación a partir de la novela corta original, a unos pocos capítulos.

Queremos agradecer al Prof. Dr. Natalio Fernández Marcos la traducción y comprobación del texto aljamiado; y al especialista en literatura fantástica y de ciencia-ficción española Augusto Uribe que nos facilitara sus artículos sobre Jesús de Aragón y «El Coronel Igotus» y que nos permitiera consultar algunas ediciones de ambos autores.

RESUMEN

Génesis y autoría de “La torre de los siete jorobados” de Emilio Carrère,
por Julia María Labrador Ben y Alberto Sánchez Álvarez-Insúa.

Se analiza en el presente artículo la génesis de la novela de Emilio Carrère *La torre de los siete jorobados*: sus antecedentes como novela corta, su autoría, en la que se valora la participación de un segundo autor (Jesús de Aragón), la inclusión en dicha participación de textos de otras obras de Carrère, la datación de los antecedentes y consecuentes de dicha novela en forma de relatos cortos y de las sucesivas ediciones tanto de *La torre de los siete jorobados* como de dichas novelas cortas. Se establece también el origen de algunos textos adicionales y su posterior utilización en una segunda novela: *La calavera de Atahualpa*. El artículo se completa con un estudio detallado de la novela, un repaso somero de la obra literaria de Jesús de Aragón, y un breve análisis de la adaptación cinematográfica.

Palabras clave: Emilio Carrère, novela, novela corta, literatura española siglo xx

ABSTRACT

In this paper the genesis of Emilio Carrère's novel, *La torre de los siete jorobados* is analyzed: its background as a short novel, its authorship (with the participation of a second author, Jesús de Aragón), the inclusion in this participation of some texts from other works by Carrère, the dating of the novel's precedents and follows in the form of short novels, and the consecutive editions of both the novel and of the short ones. The origin of some additional texts and their later exploitation in a new novel, *La calavera de Atahualpa*, are also established. A detailed study of the second novel completes the paper with an overview of the literary work of Jesús de Aragón. A brief analysis on the filmic adaptation of the novel is finally provided.

Key words: Emilio Carrère, romance, short story, twentieth century's spanish literature.